

“¿Para qué sirve la historia de una disciplina? Reflexiones sobre las funciones de la historia de la Psicología”

Teresa Sánchez Sánchez

1. ELOGIO DE LA RAZÓN HISTÓRICA

En estos arduos tiempos en que hemos caído, al decir de Ciorán, y no siendo más que transeúntes de la historia, es justo ponderar el valor que ésta tiene para configurar el pensamiento de una disciplina. Época ésta, presentista e inmediatesta, reacia a respetar lo pasado y proclive a confundir pretérito con retrógrado y retrógrado con reaccionario. Un discurso histórico introducido en una justificación disciplinar no aporta sólo el encuadre o fondo ideológico, tiene además la virtud de deponer la soberbia con que algunos modelos se enseñorean del escenario engrdeídos de su eternidad y de su superioridad. El tiempo barre las modas y arrumba al olvido a quienes un día soñaron haber acuñado la esencia, o hallado el método, o descubierto el secreto definitivo de cualquier cosa. La perspectiva histórica obliga a la humildad, a la prudencia y a la ecuanimidad a todos los audaces que en la Psicología ha habido y que no tuvieron empacho en proclamar el advenimiento del paradigma definitivo, del modelo aglutinador y hasta del fin de la historia (con permiso de Fukuyama). La visión histórica inculca en la mente prudencia y serenidad, porque enseña lo contingente de casi todo y lo necesario de casi nada.

La razón histórica se apoya en pilares filosóficos, evolutivos, hermenéuticos y psicológicos. el hombre, objeto último de estudio de cualquier psicólogo, sea cual fuere su concepción básica y su método predilecto de trabajo, es comprensible como proyecto que se va tejiendo en la historia y que tiende hacia el futuro. El hombre es futurizo (neologismo que pertenece a Julián Marías) y es pasadizo (neologismo que me apunto yo, al menos en esta acepción: la de ser el puente que se erige mientras se enhebra el ayer con el mañana). La historia de una disciplina extiende una estela que vertebra las inquietudes e interrogantes que el hombre se ha planteado acerca de su

materia de estudio. Permite entender los discursos, las construcciones, las escuelas que van apareciendo como hitos o cristalizaciones significativas en el devenir de un saber. Su historia, los saberes no pasarían de fragmentarios, acumulativos y compactos, finitos en sí mismos. Podríamos asegurar, con indudable fervor, que sin conocer su historia, la Psicología sería una ciencia invertebrada, y que Ortega me perdone, amén de condenarse a inútiles repeticiones. La historia es para una ciencia el equivalente de la memoria para la constitución del yo individual.

Pero somos conscientes de que la historia es una disciplina a contracorriente porque recordar compromete y frena el impulso de huir demasiado deprisa a no se sabe dónde, impedidos por el apremio de la vida o por ardores neófitos y redescubrir América. Pensar históricamente invita al recuerdo elaborativo, que no simple recuerdo recreativo ni, aún peor, recuerdo reproductivo de un saber que no se sabe porque no se comprende y no se metaboliza como raíz del presente. En estos tiempos arduos de ciberpensamiento (G. Pstor) y de “pantalla total” (Bordieu), la conciencia histórica atenúa el escepticismo a que induce la transitoriedad efímera de los modelos y microteorías a la que somos expuestos tanto los profesionales como los estudiantes de Psicología, donde el análisis y la reflexión se han transmutado en meros eslóganes prejuiciados, operatorios, y el pensamiento se ha disuelto en este engrudo de masas tiranizadas por lo “académicamente correcto”.

El presente no alcanza a calibrar con justicia lo que devora. Sólo el filtro de la historia depura, unge o guillotina los productos que han ido emergiendo y eclipsándose. Tiene el tiempo una sinuosa curva elíptica que bien cuadra a su ritmo de swing. Su aparente trayectoria lineal sólo es consecuencia de nuestro defecto visual (la mayoría de nosotros padecemos miopía histórica) o de nuestro déficit cognitivo (al ser impedidos a una alta especialización en nuestro trabajo tendemos a confundir la parte con el todo, despreciando la vastedad de cuanto ignoramos). Contra la hybris de los modelos psicológicos, tendentes a autodesignarse cénit de la historia, el sorprendente Marqués de Tamarón recuerda que “hacer extensivo a la eternidad y al orbe entero lo que ocurre *hic et nunc* es desvarío, pues para creer que una situación local y temporal es global y perenne hay que ser un prodigioso ignorante y un aldeano catetísimo”. Son precisamente estos dos escollos los que hemos de evitar al explicar una materia: el espíritu del tiempo (*Zeitgeist*) y el espíritu del lugar (*Ortgeist*). No voy aquí a defender la teoría del eterno retorno. Ya lo hicieron Nietzsche o Mircea Eliade, pero sí quiero abogar a favor de la historia de la Psicología como el anclaje reflexivo que todo atleta precisa antes de lanzarse al frenesí de la carrera. Nuestro estudiante atleta no sabe al partir a qué, a dónde, ni cuándo, ni cómo, llegará. Pero es bueno que sepa de dónde sale. Ese faro de orientación se lo da la genealogía histórica de su

“¿Para qué sirve la historia de una disciplina?”...

materia. Gracias a ella obtendrá un sentimiento de identidad y de pertenencia que, pese a los avatares posibles, le situará en algún punto de esa órbita elíptica que es el tiempo de la Psicología en que le toca vivir.

Concluyo este inopinado alegato aduciendo que en mi particular forma de impartir la historia me esfuerzo en introducir en los alumnos el tósigo del pensamiento crítico y en prevenirles contra cualquier forma de prematuras adscripciones ideológicas e -ismos, que sólo puede derivar en escolásticas sectarizaciones partidistas. Creo que es la mejor vacuna contra la simplicidad dogmatizadora, la parcialidad, la frugalidad de los personalismos, la bulimia informativa y el maniqueísmo valorativo: vicios muy extendidos entre los psicólogos de todos los tiempos.

Ahora se entiende por qué voy a contracorriente: la historia mira hacia atrás, porque no es filoneísta: no acepta que lo nuevo, sólo por serlo, sea bueno, ni que lo antiguo, solo por serlo, devenga desechable. La historia no es el destino de los añorantes retrógrados, es también una fuente de sugerencias y avisos que contrapuntean la banalidad rampante, la homogeneidad del pensamiento y la acción globalizada. Nos obliga a tener memoria de nuestros orígenes y a ponderar nuestras deudas con los precursores.

2. DEFENSA DE LA RAZÓN HISTÓRICA

Es un tópico que desde Nietzsche se repite que todo profesional técnico de una disciplina debe poseer una conciencia histórica global que le permita encuadrar sus pequeñas o grandes aportaciones individuales, relativizarlas y ponerlas en perspectiva. En el ámbito de la Psicología, por ejemplo, el neófito puede presuntuosa y arrogantemente creer haber descubierto un unicornio mítico cada vez que vislumbra una idea, le sobreviene una ocurrencia o elabora una hipótesis de investigación. En este caso, cabría decir que también aquí es necesario conocer la historia para no repetirla innecesariamente, otorgar la posición de humildad conveniente a nuestra aportación en el ámbito disciplinar en que nos movemos, viéndonos y sintiéndonos como eslabones de una cadena con muchas bifurcaciones y enlaces, ahuyentando cualquier osada pretensión de soberbia o narcisismo individual o de grupo.

La historia brinda un mosaico de personajes y de líneas que, al igual que ocurre con la evolución de las especies, han resultado triunfantes en la liza por la primacía histórica. Sin embargo, el que hayan sido líneas triunfantes y, por tanto, clásicas en la historia de la psicología, no significa que sean las mejores, sino aquellas que, obediendo a un sinfín de variables culturales, institucionales o propagandísticas, incluso a variables fortuitas, han conseguido medrar, prosperar o afianzarse en el surco de la historia. Otras líneas menos prósperas existieron o pudieron existir, y tal vez deban

existir en el futuro para completar el puzzle temático y lógico de las diversas disciplinas. M. G. Ash retrata la Historia de la Psicología como un campo de batalla donde se ha librado “una lucha continua entre muchos actores para ocupar y definir un campo discursivo y práctico tremendamente disputado, pero nunca acotado con claridad” (M. G. Ash, 2002, 250).

Como, no obstante, *la Historia* acota y sanciona *ciertos modelos, tendencias, personajes, grupos, producciones científicas, instituciones*, etc, hemos de conformarnos con este sesgo convencional, a veces arbitrario, que la historia impone, asumiendo que aquello que ha trascendido ha sido lo más influyente o destacado (en el sentido de causa eficiente de Aristoteles), y desdeñando otras líneas paralelas o divergentes de desigual suerte, pero cuyos eventuales desarrollos hubieran podido conducir a un estatus actual de la Psicología totalmente diferente. La historia boceta lo que una ciencia es en la actualidad, sólo que los trazos esenciales del boceto tienen una secuencia temporal, más que espacial. El presente de una ciencia y lo que nos constituye en el colectivo profesional que somos hoy día hereda sus rasgos de las diversas líneas genéticas cultivadas en la historia:

“... la memoria colectiva, y en su forma institucionalizada —la historia—, es un elemento fundamental para la constitución de las entidades colectivas, de los nosotros en cuya pertenencia nos reconocemos” (A. Rosa, 2002, 210-211).

La Historia explica, pero también limita, el conocimiento. Actúa como un filtro selectivo que deja en las tinieblas desarrollos y tendencias interesantes. Viene a colación mencionar a este propósito la teoría de Kelly sobre los focos de conveniencia. Es obvio que *la historia no se ciñe a describir, a contar o a reflejar la realidad, sino que con cada uno de sus filtros y sesgos, construye una interpretación de la realidad* que deviene así en meta-realidad o en ultra-realidad. Las perspectivas constructivistas están plenamente reconocidas, pero ello no es óbice para que al explicar una materia se haga como si tal construcción fuera la única posible o la que refleja más fidedignamente lo sucedido. Por ello, asumir que la verdad se nos escapa y que sólo son factibles las aproximaciones es un paso obligado:

“... la verdad no es un asunto que concierna a la explicación histórica aunque no por eso deje de ser un problema para el historiador. Si por verdad se entiende la comprensión de la totalidad de factores, interrelaciones, hechos, motivos, intenciones, instrumentos y consecuencias de cualquier acontecimiento del pasado o del presente, entonces su establecimiento es una tarea imposible” (M.C. Giménez, 2002, 216).

Sin embargo, lo inaprensible de la verdad no autoriza a renunciar a la veracidad y a la objetividad posibles. Hemos de ser cautos a la hora de presentar la Historia como

“¿Para qué sirve la historia de una disciplina?”...

un valor absoluto o axiomático, pues dista mucho de ser una ciencia exacta, mientras que se acerca a los soportes hermenéuticos e ideológicos que, incesantemente, construyen y reconstruyen el pasado en función de distintos ejes, según cuáles sean sus objetivos, sus fines y sus criterios previos. Es, prácticamente, imposible asegurar que la construcción histórica de un saber pueda estar desprejuiciada. De ahí que sea tranquilizador que cualquier teoría histórica sea, además, tentativa y refutable, contrastable con otros hechos o datos nuevos que puedan introducir un vuelco en la interpretación. Los sesgos pertenecen a mapas cognitivos e ideológicos en su mayor parte implícitos y, respecto a los cuales, no podemos actuar con todo el rigor y la neutralidad en principio requeridos.

Admitiendo esto, como un mal inevitable, cualquier presentación honesta de la historia de una ciencia puede ser aceptada, entendiendo por honesta aquella que no cometa “prevaricación” con ninguna teoría concreta, guiada tendenciosamente por las preferencias personales o cualquier otra arbitraria o espuria razón: “La veracidad del historiador es una exigencia deontológica que posibilita y caracteriza una buena praxis” (M.C. Giménez, *ibid*). Es una obviedad a estas alturas sostener que *hay muchas historias posibles y que, aunque ninguna puede ser exacta, muchas pueden ser verdaderas*.

3. FUNCIONES INTELLECTUALES DE LA HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

La Psicología se configura como un saber en la historia, saber en el sentido proclamado por M. Foucault (1964), en *La arqueología del saber* y en *Las palabras y las cosas*. Este saber se ha ido desgranando históricamente como una expresión de la unidad del conocimiento y del afán epistemológico humano por comprender todos los objetos a su alcance, incluso el *objeto sí mismo*, el objeto conciencia.

Son muy enriquecedoras las reflexiones de J. Quintana en su texto “*Por qué. La historia de la Psicología, ... y la ‘historia’ para la Psicología*” cuando se plantea los porqué (motivos) para hacer historia de la Psicología. Motivos que acaban sostenidos y avalados por sus fines y razones últimas. Como él afirma: “*nunca podremos comprender exactamente lo que son las cosas si no sabemos cómo han llegado a ser lo que son*” (J. Quintana, 1992, 128). M.C. Giménez resalta el carácter de la historia como constituyente de la identidad colectiva:

“La historia es una forma de memoria colectiva, la inscripción y la transmisión de las señas de pertenencia, rasgos, relaciones internas y vínculos externos, que caracterizan e identifican a las entidades grupales” (M.C. Giménez, 2002, 215).

La necesidad de una visión historicista que complemente la visión esencialista de una ciencia viene avalada por la propuesta psichistórica que arranca de Dilthey y que propugna entre nosotros J.L. Pinillos, sin olvidarnos del alegato a favor de la historia como razón humana de las cosas humanas que aporta reiteradamente J. Marías. Este autor justifica la necesidad de una razón y mentalidad históricas en cualquier conocimiento serio del mundo, alegando que:

“... la condición histórica del hombre penetra la vida humana. Y la razón, si es razón vital y razón histórica, se nutre justamente de esa presencia de la historia, de ese carácter narrativo, de ese carácter futurizo de la persona humana” (J. Marías, 1997, 18).

Quintana aduce, además, que Historia y Psicología son elementos interrelacionados de un binomio inseparable, puesto que todo cuanto acontece es historia y aquello que es realizado por el hombre es historia humana; historia humana que remite a la obligación de usar la psicología como instrumento epistemológico que amplíe los márgenes de comprensión del evento estudiado. Dicho de otro modo, *sólo indagando en la historia se puede componer la psicología, a la par que sólo utilizando la psicología se puede comprender la historia*. La historia tiene una función primordial de **autognosis** del hombre. Le ayuda a conocerse a sí mismo, a sí mismo en la historia y desde la historia proyectado hacia el futuro. *La historia es para una ciencia lo que la memoria es para la constitución del yo humano*. Permite tomar conciencia al científico y al hombre de su transitoriedad, de su dinámica, de su flujo y de su continuidad. Es cierto que no se juzga imprescindible para ser científico conocer la historia de la ciencia que uno cultiva, pero no se puede ser ni sabio ni maestro de una ciencia sin ello, ni siquiera se puede reflexionar agudamente sobre la propia actividad sin “la capacidad de reflexión crítica y la cultura acerca del propio quehacer que proporciona el conocimiento histórico” (M.C. Giménez, 2002, 224).

Una de las más sobresalientes características de la Psicología a lo largo de su periplo ha sido la *multiplicidad de corrientes y tendencias, buena prueba de las herencias heterogéneas de las disciplinas de las que surgió*. Lo que explica la disparidad de visiones y los enfrentamientos intestinos habidos en el seno de la Psicología y que aún se perpetúan a modo de dicotomías y falacias poco estimulantes para convertirse en una ciencia de pleno derecho. Quizá una de sus tareas pendientes, como objetivo histórico y epistemológico sea dilucidar qué es lo específica y genuinamente psicológico en contraposición a lo filosófico del estudio humano (como atributos del alma y la mente humana) y a lo fisioneurológico (como estudio del cerebro y sus funciones).

“¿Para qué sirve la historia de una disciplina?”...

De ahí que constituya un **primer objetivo** esencial para la asignatura de Historia de la Psicología acercarse a esos incipientes desarrollos de la psicología que surgieron en otros ámbitos del saber como una suerte de anomalía (en el sentido kuhniano), problema perfilado con un cariz diferenciador, o –si se me permite la metáfora– como una mutación genética en el quehacer propio de las ciencias naturales, de una parte, o de las ciencias del espíritu, por otro. A medida que se van desgranando los hitos históricos y la explicación de mentalidades sucesivas y concatenadas, asistimos a esa gestación de la nueva entidad gnoseológica, a su alumbramiento y a sus primeros y vacilantes pasos en busca de su independencia y desprendimiento de la filosofía y de la fisiología, principalmente.

Desprendimiento que fue paulatinamente posible a partir del momento en que la Psicología asentó su independencia sobre *tres pilares* indiscutibles, cuya explicación constituye indiscutiblemente nuestro **segundo objetivo**: a) explicar desde dentro y con los propios recursos conceptuales y metodológicos la conducta humana; b) apoyarse siempre en observaciones o constataciones empíricas, estableciendo una hilazón entre la teoría y los hechos, abandonando así el tono especulativo de la psicología filosófica precedente, y c) delimitar al hombre total como unidad de estudio, tendiendo a superar posiciones dualistas y dicotómicas tales como el mentalismo/organicismo, propias de concepciones filosóficas o fisiológicas, respectivamente.

A esta tarea de configurar un nuevo campo del saber se aprestaron diferentes estudiosos que impulsaron el nacimiento de sistemas teóricos y que, eventualmente, cristalizaron en sistemas o movimientos intelectuales e investigadores que es lo que conocemos como ‘Escuelas’. El término ‘escuela’ en Psicología, de uso muy extendido, establece un marco de magisterio y discipulado, y opera como correa de transmisión de las nuevas inquietudes y como estímulo para proseguir la tarea compartida respecto al mismo asunto y donde se definen los procedimientos, métodos, protocolos experimentales, etc, que van a diferenciar y a sustantivar las señas de identidad de cada grupo. *Nuestro tercer objetivo consiste precisamente en transmitir esta visión de Escuela o sistema psicológico* de manera que pueda entenderse la fragmentación y la rivalidad paradigmática, en sus causas y contextos, sin idealizar o mitificar el nacimiento y evolución de la Psicología como si de un camino de rosas se tratara.

Naturalmente que, en medio de toda la disparidad y división que la historia induce a ver, nuestro **cuarto objetivo** debe ser dejar claro a los receptores de un discurso histórico que las desavenencias teóricas o metodológicas entre grupos y corrientes son compatibles con la *unidad básica: el anhelo común de explicar comprensivamente y comprender explicativamente al sujeto humano*. Objetivo éste que, si se consuma, ayuda a superar el principio de contradicción de la lógica aristotélica, según el

cual pluralidad y unidad son simultáneamente inconciliables. He aquí sustentada una importante tarea de la historia: alumbrar al científico y al estudiante de una disciplina sobre las distintas tradiciones o trayectorias de investigación posibles, poniéndole en la perspectiva de la pluralidad de opciones abiertas u obturadas en el pasado. En ello incide H. Carpintero:

“De este modo, la historia de la ciencia potencia la libertad del científico, al aumentar la objetivación de su propia ciencia y al permitirle una contemplación crítica de su propia actividad” (H. Carpintero, 1996, 31).

Para conseguir lo antedicho, es muy importante no incurrir sólo en el relato histórico lineal, aunque didácticamente la exposición de la historia exija la sucesión. Para romper la linealidad diacrónica, es preciso intercalar cortes transversales que sitúen al alumno simultáneamente en lo que sucede al mismo tiempo en otros lugares, en otros sistemas y en otras dimensiones de la historia (política, cultural, etc). De este modo, se consigue un **quinto objetivo**: *perfilar el paralelismo y la transversalidad entre los principales hitos históricos de la Psicología*. Todo finalmente arriba a la construcción de un pensamiento crítico y reflexivo sobre la ciencia en que va a sumergirse.

Es llamativa y pintoresca la óptica de Loredo respecto al historiador, al equipararlo a un *médium* que interpreta los signos que emanan del pasado entendido como imaginario colectivo. La historia es siempre imaginativa, reconstructiva: un tapiz lleno de figuras y perspectivas. ¿Dónde queda la verdad histórica? A su juicio podríamos suponer que en el limbo epistemológico, pues si lo que se persiguen son conclusiones apodícticas sobre el pasado, claro es que el esfuerzo está condenado al fracaso, dado que *la historia es el reino de lo contingente*. Si, por el contrario, lo que se pretende es la racionalidad histórica, tendremos más posibilidades de configurar el relato histórico como discurso científico, puesto que podremos encauzar sus elementos de forma normativizada y disciplinada. M. Foucault (1969), de hecho, definía la ciencia como una “formación discursiva”. Un saber científico es un discurso regulado por un lenguaje específico significativo y comprensible por y para un grupo de individuos pertenecientes a una comunidad científica. Dicha comunidad es el agente de los productos científicos, al mismo tiempo que la receptora de los mismos. Es, por tanto, ella la que selecciona qué productos de su trabajo son interesantes y por qué y la que dictamina el carácter científico de dichas producciones.

“¿Para qué sirve la historia de una disciplina?”...

4. FUNCIONES PEDAGÓGICAS DE LA HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

No hemos de perder de vista que la enseñanza de la historia debe cumplir los siguientes objetivos para formar de manera integral a un científico con un encuadre, no sólo técnico, sino humanístico y social. En el caso de la Historia de la Psicología que nos ocupa, algunas de estas tareas son las siguientes:

1º. *Encuadrar la Psicología en sus diferentes contextos de descubrimiento, tanto geográficos ('psicología regional'), como culturales o filantropológicos.* Y esto a pesar de corroborar la negativa de A. Rosa (1993) a considerar el contexto histórico o encuadre histórico como la cenefa o pas-partout que enmarca estéticamente el contenido intelectual que estemos analizando. La noción de contexto histórico debe reclamar otras funciones que las meramente estéticas o eruditas con que se introduce una materia de estudio y avanzar hacia utilidades epistemológicas más decisivas: la comprensión del hecho o la provisión de claves que den cuenta de su racionalidad histórica. La historia debe “suministrar datos para explicar críticamente a la propia Psicología” (A. Rosa, J.A. Huertas y otros, 1991, 393).

2º. *Acercamiento a las fuentes originales* ('fuentes primarias') donde se gestó y de donde arrancan las diferentes escuelas o sistemas psicológicos contemporáneos. Así lo rubrican Tortosa, Quiñones y Carpintero:

“... una de las principales preocupaciones de los historiadores respecto de la elaboración del conocimiento histórico ha consistido en la creación, descubrimiento, fundamentación y uso de fuentes, ya que, tácitamente al menos, se entendía que el conocimiento histórico derivaba siempre del estudio de éstas” (F. Tortosa, E. Quiñones y H. Carpintero, 1993, 14).

Este es, a juicio de muchos, no un objetivo más, sino el objetivo o función por antonomasia: rastrear e indagar en las fuentes es la materia prima del trabajo del historiador: medio y fin del trabajo, sobre todo para concepciones historiográficas materialistas y empiristas. El instrumento docente habitual son fuentes secundarias como las enciclopedias o los manuales, pero, como matiza Gabucio (2002):

“... si se tarda mucho en pasar de leer fuentes secundarias a leer fuentes primarias, suele haber sorpresa. La voz de cualquier autor no “suena” nunca como la voz del mejor de los comentaristas: suena, inevitablemente, mejor, porque la “voz” de cada autor da su propia afinación... La mejor de las reproducciones no es nunca música en vivo” (F. Gabucio, 2002, 329).

3º. *Entender la Psicología como disciplina científica*, atravesando las peripecias y conflictos de su génesis (precientífica) y su evolución hasta su consolidación actual.

La historia permite acceder a la génesis de una ciencia como entidad impersonal construida a partir de individuos y comunidades, pero dinamizada por variables o impulsos intrínsecos que se abren camino entre las diversas expresiones culturales coetáneas. Esta idea que procede de las teorías vitalistas de Bergson acerca de la evolución creadora, encuentra eco entre nosotros en autores como F. J. Robles (1993). Si no interpreto mal sus palabras, colijo que él defiende que la Psicología como ciencia no puede comprenderse sólo apelando a variables socio-institucionales, sino que obedece a razones gnoseológicas: surgió porque el curso del conocimiento filosófico y científico general la reclamó y la hizo emerger.

4°. *Depurar evolutivamente, y a través de sus múltiples cambios y crisis, enfoques y autores significativos, el objeto y el método de la disciplina Psicológica.* La sustancia narrativa de la historia es el tiempo y éste está atravesado de cortes, crisis, oscilaciones, reflujos y saltos. Penetrar en ellos es primordial para comprender tanto el proceso como el producto histórico. Bien que hay que evitar dos escollos en los que fácilmente se tropieza en el relato: el *Zeitgeist* (espíritu del tiempo) y el *Ortgeist* (espíritu del lugar).

5°. Explicar, separada y comparativamente, las diversas coordenadas teóricas dentro de la Psicología.

6°. *Preparar, e incluso, prevenir al estudiante para el encuentro progresivo con una disciplina compleja y plural* que dista mucho de acercarse a esa utópica pero ambiciosa meta de su unidad formal y metodológica. A este respecto, M. Siguán (1998). subrayaba el uso de la historia como elemento aglutinante de una ciencia fragmentaria, que ofrece la posibilidad de percibir la unidad en la ciencia psicológica, a falta de una doctrina psicológica única. Desiderátum compartido por otros autores cuando afirman:

“Una historia de la Psicología puede ayudarnos, pues, a intentar dar sentido y significado a lo que parece un campo de desconcertante y desesperante diversidad y fragmentación. Dirigir la vista hacia la historia puede ayudar a construir un cierto marco unitario dentro del que puedan encuadrarse las distintas piezas, métodos, conceptos, teorías, etc., que componen ese rompecabezas en que se ha convertido la Psicología actual” (F. Tortosa, E. Quiñones, H. Carpintero, 1993, 13).

También A. Rosa y sus colaboradores respondían de forma similar al autocuestionarse “¿Para qué hacemos historia de la Psicología?”, pregunta no sólo sobre su sentido sino sobre su utilidad. En su análisis abogan por la labor de ensamblaje de los saberes fragmentarios y dispersos coexistentes dentro del campo psicológico general.

“¿Para qué sirve la historia de una disciplina?”...

7°. Ubicación de los ejes principales o paradigmáticos que han ido sucediéndose en el transcurso del tiempo, desde sus más remotos orígenes griegos (aunque no se expliquen directamente, se alude a estos desarrollos pretéritos), hasta la actualidad.

8°. *Marcar la continuidad entre el pasado reciente y el presente*, para evitar cualquier concepción de la Psicología emanando ex nihilo, sino, antes al contrario, enlazar los planteamientos históricos con las líneas maestras que rigen el presente de la disciplina. La historia es fértil en sugerencias de acción y en guías de interpretación de los productos científicos del presente, permite ponerlos en perspectiva, al tiempo que avisa de errores del pasado para evitar su repetición ingenua. Los autores abundan en esta idea:

“... uno de los mejores servicios que la Historia de la Psicología puede hacer a la psicología es precisamente someterla a escrutinio con el objetivo que generalmente pretende la historia: describir, explicar e interpretar el pasado para sacar enseñanzas para el presente y para la planificación del futuro” (A. Rosa, J.A. Huertas y F. Blanco, 1998b, 75).

9°. Proporcionar al estudiante instrumentos *de valoración y conocimiento fidedigno de las personalidades más relevantes, mediante el acceso a sus obras y a la exégesis de sus textos*. Algunos (Rosa y cols, 1991, 406) consideran esta función de primer orden, designándola como “función docente, propedéutica y formativa del estudiante”, señalando, además, que como toda contemplación de la pluralidad inculca tolerancia y sentido crítico ante la diversidad y crea defensa frente a visiones unitarias o dogmáticas,

10°. Enseñar las posibilidades múltiples de la imprevisible acción humana a la luz de sus realizaciones pasadas.

11°. *Reflexionar acerca de las tensiones de crecimiento* entre las diversas construcciones racionales sobre el hombre, sus luchas interparadigmáticas, sus revoluciones y declives.

12°. *Establecer interrelaciones con las aportaciones de otras ciencias* (de forma transversal en su consiguiente momento histórico) y observar las consecuencias que cada sistema ha tenido en el entorno cultural en que surgió (eco, acogida, difusión, impacto en obras científicas, literarias, artísticas, etc).

Rosa y cols (1991) piensan que las funciones que cumple la historia de la psicología y que constituyen nuestra razón de ser son:

1. Ofrecer un relato fidedigno (teórica y empíricamente fundado) de los hechos considerados relevantes del pasado para explicarnos un problema presente.
2. Suministrar una explicación del devenir del conocimiento psicológico. Es decir, extraer principios explicativos (unos de ámbito general y otros muy pro-

bablemente ligados a cada contexto inmediato) y que sean conmensurables con todas las ciencias humanas y, por supuesto, con la Psicología.

3. Ejercer una crítica conceptual y metodológica de cada una de las producciones científicas. Toda teoría sobre la ciencia es en sí misma un producto histórico, por tanto, sería, entonces, la Historia de la Ciencia quien debería proporcionar criterios para la construcción de teorías de la ciencia. Si esto es válido para la ciencia en general, también lo es para cada una en particular, y, por supuesto, para la Psicología.
4. Suministrar la base empírica para la construcción de una teoría general de la Psicología (Filosofía de la Psicología o Psicología General o Fundamental) sobre la base de la crítica que acabamos de señalar.
5. Realizar aportaciones a la Historia de la Ciencia y a la Historia de otras ciencias concretas, utilizando para ello conceptos tomados de la Psicología.” (A. Rosa, F. blanco, J. A. Huertas, 1991, 410).

Con un estilo más parsimonioso y transparente, F. Tortosa y J.A. Vera enuncian las siguientes funciones, que en esencia coinciden con las anteriormente expuestas:

1. Función pedagógica (docente-formativa): Provee identidad, unidad, disciplina de grupo y adscripción a todos los psicólogos profesionales a un mismo campo gnoseológico.
2. F. identitaria al mediar en el proceso intelectual que convertirá al estudiante en psicólogo.
3. F. crítico-relativizadora a través de la integración (mínimo común denominador) de la disgregación y diáspora de los modelos que se van desarrollando.

“Contribuye —apuntan—, además, a la conformación de un carácter realmente científico. Proporciona medida, humildad, tolerancia, espíritu crítico y antidogmático. Despreciar la historia no significa escapar a su influjo: uno puede verse distorsionado y dominado por presupuestos que le condicionan, sin tener conciencia de ello” (F. Tortosa y J.A. Vera, 1998, 17).

4. F. heurística positiva, al “sugerir líneas, problemas y estrategias interesantes pero olvidadas o pasadas por alto” y F. heurística negativa, alertando contra repeticiones estúpidas y evitando reproducir errores y proseguir caminos fracasados o cortados en la historia.
5. F. legitimadora, conectando lo que fue con lo que es, para ayudar a comprender el presente, desarrollando un “presentismo responsable” valorador del pasado y no mero conocedor de los hechos brutos y respetuoso con otras líneas alter-

“¿Para qué sirve la historia de una disciplina?”...

nativas, esbozadas en la historia y soterradas por ella, pero que fueron la argamasa que posibilitó la identidad actual.

“Ayuda, en definitiva, a configurar y mantener una cultura disciplinar y una identidad social: la del psicólogo” (Ibid, p. 18).

EN RESUMEN

Los objetivos antes desgranados se condensan en tres esenciales:

1. Comprender la génesis y desarrollo de las ideas psicológicas dentro del contexto histórico en el que surgieron.
2. Adquirir un conocimiento crítico de los sistemas y teorías que más han contribuido a configurar la Psicología contemporánea.
3. Familiarizarse con las fuentes primarias y con el volumen de información psicológica existente.

De que se cumplan las referidas funciones se sigue que se consolide su futuro disciplinar y se despejen las dudas tanto a nivel profesional como onto-epistemológico que los psicólogos tienen tanto a nivel individual como a nivel colectivo o gremial. Creemos que la Historia de la Psicología debe asumir el compromiso de construir la identidad disciplinar de la Psicología, de liderar una “operación identitaria” o “concordancia discordante” (J. Castro, B. Jiménez y otros, 2001), entre los diversos supuestos básicos, recursos metodológicos y concepciones antropológicas de base conflictiva.

BIBLIOGRAFIA

- ASH, M. G. (2002). La Psicología como ciencia y profesión desde 1850: la perspectiva de un historiador. *Revista de Historia de la Psicología*, 23, 3-4, 249-264.
- CARPINTERO, H. (1996). *Historia de las ideas psicológicas*. Madrid: Pirámide.
- GABUCIO, F. (2002). Reseña al libro de Ferrándiz, Lafuente y Loredó, *Lecturas de historia de la Psicología*: Madrid: UNED. *Anuario de Psicología*, 33, 2, 328-330.
- GIMÉNEZ, M.C. (2002). Algunas reflexiones sobre la historia de la psicología y la formación de psicólogos. *Anuario de Psicología*, 33, 2, 213-224.
- MARÍAS, J. (1997). La razón en la historia. *Revista de Historia de la Psicología*, 18, 1-2, 9-18.
- QUINTANA, J. (1992). ¿Por qué? La historia de la Psicología, ... y la ‘historia’ para la ‘Psicología’. *Revista de Historia de la Psicología*, 13, 2-3, 127-138.

- ROBLES, F. J. (1993). Posibilidad y sentido de una historia gnoseológica de la Psicología: (I) Algunas consideraciones básicas sobre la historia gnoseológica de las ciencias. *Revista de Historia de la Psicología*, 14, 3-4, 19-22.
- ROSA, A.; HUERTAS, J.A.; BLANCO, F.C. y MONTERO, I. (1991). Algunas reflexiones sobre la metodología de la Historia de la Psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 12, 3-4, 393-403.
- ROSA, A.; BLANCO, F. y HUERTAS, J. A. (1991). ¿Para qué hacemos historia de la Psicología?. *Revista de Historia de la Psicología*, 12, 3-4, 405-412.
- ROSA, A. (1993). La polisemia de la palabra historia. Historia-pasado, historiografía, historia-narración e historia intelectual. *Revista de Historia de la Psicología*, 14, 3-4, 1-8.
- ROSA, A. (2002). La historia en la formación universitaria. *Anuario de Psicología*, 33, 2, 209-212.
- ROSA, A.; HUERTAS, J.A. y BLANCO, F. (1998). Haciendo historia para el futuro de la psicología. *Anuario de Psicología*, 29, 1, 73-87.
- SIGUÁN, M. (1998). Sobre el objeto y el método de la historia de la Psicología. *Anuario de Psicología*, 29, 1, 68-73.
- TORTOSA, F., QUIÑONES, E. y CARPINTERO, H. (1993). La historia de la Psicología. En E. Quiñones y otros (dirs), *Historia de la Psicología. Textos y comentarios*, (11-34). Madrid: Tecnos.
- TORTOSA, F. y VERA, J. A. (1998). Historia e historiografía de la psicología. En F. Tortosa (coord), *Una historia de la psicología moderna*, (3-18). Madrid: McGrawHill.